

En el puerto de montaña de Larche

Philippe Jaccottet

Si hubiera, si pudiera haber aún hoy una abertura (un rayo de luz bajo la puerta claveteada) –y por una vez no perderé un instante en obturarla con todo lo que, ahora y desde siempre, la pone en duda, no perderé un instante en rodeos ni en lágrimas–, si pudiera haber aún hoy algo parecido a una abertura (precisamente, el mismo puerto de montaña donde he empezado a pensar esto después de revivir sin darme cuenta enseguida una dicha de infancia, muy lejana), debería ser para mí ésa, antes que ninguna otra, aunque esto parezca no querer decir nada; me aferraría, a falta de razones más convincentes, a este nuevo sinsentido.

Este salto, estos brincos de las aguas alpinas, de las aguas heladas, al final del día, esta caída risueña, gozosa, arrebatada, este galope o esta galopada descendente de las aguas...

Junto al sendero que volvíamos a subir, asfixiados por la pendiente, temblando un poco porque la noche, rápidamente, caía, había caído, las aguas estaban aún claras hasta el punto de ser apenas visibles, de existir apenas para los ojos, de simplemente permitir ver mejor, hacer que brillaran los esquistos del fondo...

¿Risueñas, gozosas, arrebatadas? Era, cuando vuelvo a pensarlo, algo más oculto, más evasivo, más lejano.

Por encima de nosotros, por encima de nuestros ojos, allí donde la pendiente se hacía aún más abrupta y los obstáculos a su paso más erizados, verdaderas gradas de piedra, las aguas se mostraban absolutamente blancas, y más recias, hasta el punto de que habríamos podido creer perfectamente que eran, en esta llegada de la noche, una corriente de nieve, si la nieve no fuera silencio amontonado; pero ellas, las aguas, explotaban, tronaban con ímpetu, fogosas, en medio de esas hierbas horadadas de cuevas de marmotas.

Más arriba aún, en lo más alto, se erguían baluartes, fortalezas (había una propiamente dicha, señalada en el mapa y abandonada, sin duda, desde hacía tiempo, como vacías estaban las cumbres).

Un paisaje heroico: también esto existe. En el más cobarde de nosotros puede subsistir aún un impulso capaz de responderle. Incluso en este fin de

milenio, no se está en modo alguno obligado a no conceder realidad más que a lo innoble.

¿Cómo podía surgir esto de esas piedras, de esas masas enormes, graves, inmóviles? (Sin que ningún Moisés fuera visible, cerca o lejos, a menos que alguna de esas montañas, provista de un cuerno, evocara su recuerdo, o su posible retorno).

Casi un cañoneo.

Por eso, risueñas, gozosas, arrebatadas, no conviene a estas aguas. Fogosas, violentas (pero no crueles, no guerreras, a pesar de esa corona de baluartes: eso sería acercarlas demasiado a nosotros); frescas, por nada desgastadas, por nada perturbadas, primeras; siendo acaso lo más extraño que a la vez fueran la imagen del tiempo más rápido (el más veloz, el más alegre) y estuvieran fuera del tiempo, o al menos inalteradas por el tiempo. Las aguas más refrescantes por ser las más frescas.

Puerto de Larche, o del Arca, donde alzan el vuelo con gran estrépito esas otras palomas, en un tiempo de fin del mundo; y esto nos apaciguaría.

Y, para los italianos, ninguna Magdalena: como si fuera de nuevo toda una cabellera que se desata y se despliega, pero para curar, esta vez, nuestros pies —los pies de todo viajero llegado a este albergue.

En un cuento de Yeats pasa por cierto paraje una sombra cargada de años, cantando: *Soy bella, soy bella... Soy joven, soy joven: miradme, montañas, miradme, bosques moribundos, pues mi cuerpo brillará como las aguas blancas cuando os hayáis ido...*

Este fragmento de canto —encontrado sobre la marcha, de la manera en que descubrimos otros cantos en más de un lugar de la *Divina Comedia*— parece enunciar un pensamiento loco; parece decir rápidamente, sobre la marcha, que lo más breve, lo más rápido sobrevivirá incluso a las montañas: ¿y no era tal vez una locura semejante lo que yo oía decir aquí a estas aguas?

Desearíamos que esta palabra, torrente, fuera la última palabra; porque a ninguna le conviene peor el epíteto «último».

Ni risueñas, ni arrebatadas; ni guerreras. En estas alturas hay que aceptar que las compañías juveniles, soñadas o no, ya no estén tan próximas; y despedirlas, si verdaderamente se quiere capturar esa otra presa, sin ceder a sus encantos. No se trata ya del tintineo de una risa. Ni de presas. Esta música es otra; esta voz no es ya una voz.

Me guardo también de convocar desde ahora a los ángeles. La palabra acude demasiado pronto a los labios, en estas alturas. O bien no es sino un recuerdo, al estilo de estas antorchas antiguas que se bajan del desván para

adornar una fiesta, una escena de teatro, y de esas palabras de gala con las que se cree poder realzar, sin mucho esfuerzo, un poema; o bien, si en aquella palabra subsiste un poco de substancia verdadera, su experiencia debe ser demasiado intensa y demasiado interior como para no mostrar grandes escrúpulos a la hora de usarla.

Aquí no hay que soñar ni perderse en nostalgias. Sueños y nostalgias nos distraen, desgastan el presente, precipitan el fin. De todas formas, ya no estamos a tiempo.

Y que no haya sido esta tarde, pero también en otras ocasiones aunque de forma más vaga, transportado a momentos de mi infancia, en la montaña, donde me gustaba jugar al borde de los torrentes, atravesarlos, oírlos simplemente, de manera que podría pensar que mi asombro de hoy, al reunirse con el de hace tantos años sin que yo haya hecho nada para ello, sería el hilo centelleante que manifestaría la unidad y la perseverancia de mi vida... ¿este regreso al tiempo pasado bastaría para explicar el resplandor con que brilla este momento reciente de mi fábula? ¿Es tan prodigioso, después de todo, y tan importante, reunirse con la propia infancia, como si encontráramos el hilo del laberinto que hemos sido? ¿Justifica ese laberinto que nos perdamos, que nos detengamos, que nos reencontremos?

No creo, en el fondo, que sea esto lo que han parecido decirme las palabras surgidas, precipitadamente, de la boca de piedra.

Estos rápidos brincos de las aguas por encima de las barreras, negras o violetas, de esquisto.

A algunos pasos de este puerto en que la nieve, fundiéndose al día siguiente por la mañana, en el bello sol de la mañana, habrá de impregnar la hierba espesa y amarillenta de los pastos; y desde donde la carretera que lleva al Piamonte parecería descender sinuosa a un cráter de verdor y luz unidos.

Quisiera hacer oír y, yo mismo, escuchar sin fin este discurrir precipitado, esta voz fría, alegre, sonando sobre peines o plectros de pizarra. Voz que no tiene igual en este mundo.

Torrente: elegido como última palabra, suceda lo que le sucediere después a quien la haya trazado, por el hecho mismo de que el epíteto «último» no puede en ningún caso convenirle. Porque el torrente mana, se precipita, rebosa, como nadie hubiera imaginado nunca que pudiera hacerse a partir de la piedra; del fondo de estas grandes tumbas frías.

(Una blancura de lechuza que hubiera alzado el vuelo al comienzo de la noche, en la aproximación de la noche: si no hubiera este rumor, bien distinto de un estremecimiento de plumas).

Esta carrera casi invisible que hace sonar la pizarra de los plectros. Que produce esta sonoridad de pizarra en la inminencia de la noche; en estas alturas donde la noche, súbitamente, se enfría.

(O como corría una bestia delgada, huyendo de Orión, en un pasillo de hierba espesa, embaldosado de esquisto).

(O también como el paso precipitado de uno de esos rebaños trashuman-tes que hemos podido ver, hace ya mucho tiempo, iluminar vagamente nuestras noches).

Así este lugar me viste de imágenes puras. No quiero borrarlas por ahora. Pasar el puerto como un contrabandista, ataviado como un buhonero de imágenes: esto sería demasiado hermoso...

Hebra de agua en la hierba desgarrada.

Frescor. Ahí podría estar el secreto, el hogar. Presteza, alegría.

Y llegó, al fin: éste es mi «asilo de un instante». Ninguna necesidad de ir más allá. En la montaña que no es sino inmovilidad, gravedad, silencio, al pie de estos monumentos fúnebres, veo, escucho algo que podría ser el tiempo que corre con una suerte de alegría, brillando de tarde en tarde, pero sin dejar ver el menor desgaste; y sin tampoco perder nada de su limpidez. Lo veo, lo oigo correr, y sin embargo se diría que es semejante a la inmovilidad del cielo nocturno, incluso si sus constelaciones de agua se diseminan demasiado deprisa para que podamos alguna vez soñar con darles un nombre.

Pero no basta con que corra así sin desgastarse, sin corromperse, brotando eternamente rápido; es su frescor, clavado en el frío de la noche, de la altitud, lo que nos hace detenernos allí, en espíritu, por un instante, por mucho tiempo, para siempre.

Este frescor sería para nosotros, sin que pudiéramos entender cómo, comprensible, imaginable, accesible - «la eternidad no posee otro frescor»: esto es lo que parece decir el torrente.

Sin embargo, no debo olvidarlo: no es una voz, a pesar de las apariencias; no es un habla; no es «poesía»... Es agua que revuelve las piedras, y en ella podría hundir mis manos.

No hay que enriquecer, ni perturbar, ni frenar su curso.

Que se pueda hundir en ella las manos, e incluso los labios, es rigurosamente verdadero. Pero, ¿no es menos rigurosamente verdadero que no es sólo agua lo que desciende de estas montañas? ¿No es esto mismo lo que he creído comprender en otro lugar a propósito de una cañada, de un vergel, de una pradera, cuando, atravesándolas, me dejaba atravesar por ellas?

El torrente habla, si se quiere: pero con su propia voz: el ruido del agua. ¿Será entonces que, sin que me haya dado cuenta hasta ahora (el espíritu

siempre tan lento, tan obtuso), intento decir el interior de este ruido, de ese discurrir? ¿Lo invisible, en estas aguas, que hace que toquen lo que en mí habría de invisible?

Torrente: lo que arde. Como si la cosa más fresca pudiera ser una llama, un instante, entre dos mundos. Y como si el viajero anciano, volviéndose, en el momento de pasar el puerto, hacia su infancia ya lejana: apenas algunos jirones de bruma en el fondo del valle, tuviera, durante un segundo, la ilusión de reunirse con lo que aún estaría esperándolo.

Traducción de Rafael José Díaz



Théodore de Bry: *America tertia pars* (...) (1652)

